



Verde sobre Morado

Historia de Juan Jacobo Corazón de Jesús Expósito.

Acusado del crimen de violación

(Creo que te inventé en mi mente.)

Sylvia Plath

*¡Qué cosa tan inaudita es, en suma,
Amar a otro y ser amado por igual!*

Delmore Schwartz

Inicio

La policía no la había tratado del todo bien. Primero porque la consideraron sospechosa, pero después de dos o tres interrogatorios salieron de duda. Yolanda Pratt era inocente; es más, hasta era una estúpida. Una estúpida cabal. En un patrullero con la sirena aullando la devolvieron a su hogar. El Inspector la ayudó a entrar protegiéndola de las docenas de periodistas que estaban en el jardín: los rosales pisoteados, la verja violada. Tuvo suerte de que no vandalizaran el recinto, afirmó el Inspector. Podrían haberle puesto un policía para vigilancia del lugar, pero la verdad es que cuando eso sucedía la gente se quejaba y se ponía agresiva. Decían: ¿protegen la casa de un asesino, de un violador, cuando su deber era proteger a las víctimas de semejantes monstruos? Entonces apedreaban a los policías, les tiraban agua caliente, les hacían pequeñas maldades. La gente común tiene un sentido muy particular de la justicia, cejó el Inspector. Si ella quería un guardaespaldas debía elevar un pedido, una carta-documento al juez penal y probablemente le pusieran uno en cuarenta y ocho horas hábiles. La burocracia se toma su tiempo; el mundo jurídico es el mundo jurídico y los tribunales no son la torre de la canción: no se puede entrar y salir cuando a uno le viene en gana. Ella le dijo que no deseaba un guardaespaldas. Muy bien, tenía alguien que le hiciera compañía entonces?, le preguntó el Inspector. No, no tenía a nadie. El tipo, con mucha parsimonia se puso a hervirle un té. Encontró una caja con saquitos de té un poco mohoso (Juan Jacobo odiaba el té; afirmaba que sólo estando enfermo de muerte una persona debería tomar semejante bebestible), té verde. Le echó azúcar, primero porque no encontró edulcorante y después porque consideró que a esa mujer una buena dosis de azúcar tenía que venirle bien. Junto a la alacena donde había dos tacitas inglesas descansaban unos libros de ella: *El pulpo frito*, era el más notorio, pero había otros títulos. Así el Inspector cayó en la cuenta que ella era la escritora que leían sus hijos. Hasta en la escuela les habían obligado a comprar libros de ella, para leerlos en clase. La taza tembló en su plato cuando él la puso delante de Yolanda. En otra ocasión, le hubiera gustado preguntarle cómo era ser escritor, de dónde venían las ideas, cuál era el secreto. En otra ocasión, a pesar de la brecha de clase social entre uno y otro, él, tal vez hasta se hubiera animado a invitarla a cenar. Ahora, cuando vio los libros y a la mujer menuda acodada en la mesa, él comprendió que no tenía nada para decirle. No había nada más que hacer por ella, excepto largar unas lágrimas amargas.

Capítulo 1

“El error, el error: fue un error. Todos cometemos errores, todo el tiempo y errar es humano. El error forma parte sine qua non de nuestra civilización, somos la bestia que se sobrepone al error. Por ensayo y error aprendemos”, concluyó en voz alta Yolanda Pratt, esa tarde, hablando para sí misma. Le gustaba hablarse a sí misma en voz alta, hablar sola, eso que dicen que es tan característico de los locos. Pero a ella la volvía cuerda, la ordenaba. Sin embargo una cosa que se destaca muy clara en su historia es que el error podía ser fundamental para su ser y hasta un estímulo creativo, pero lo que estaba sucediéndole ahora no era un error. No uno suyo, por lo menos, aunque tampoco era un error de otro, una simple equivocación. Lo que pasaba era que ella había caído en desgracia –así como ciertas palabras tales como *tribulación*, *céfiro*, *azur* caían en desuso-; a lo mejor Juan Jacobo había pasado por un infierno, ella no podía decir que no fuera así, pero ella, claro, estaba como una mosca atrapada en las redes de la desgracia. Había gente que tenía problemas: ése no era el caso de ella. Lo que le pasaba ahora, es que estaba acabada; en la lista de los perdedores, ella figuraba con el número uno, la encabezaba: era noticia en el club de los vencidos; los vencidos del mundo se estaban ahora mismo preparando para darle una fiesta de bienvenida: menú: carne torturada; bebidas: vodka con lágrimas aguada. Venir a terminar así, en el fango de la infamia, ella que nunca había sido de por sí una heroína byroniana. La crítica literaria podía acusarla de ñoña, de estúpida, nunca de heroica: ¿por qué entonces tenía que ocurrirle esto?

Cuando despertó esta mañana tuvo la conciencia de que el mal pendía sobre su cabeza desde mucho tiempo atrás.

Yolanda Pratt no sabía a ciencia cierta cómo era la gente normal; ella no estaba adentro de la cabeza de los normales; tenía una vaga idea de qué iba la normalidad, ella había leído algunos libros de Freud, otros de Lacan de los que no entendió un pito y uno de Moustafá Safouan: en suma, que de los libros de psicoanálisis y psicología ella no sacó nada en claro. A eso se limitaba todo su saber y con ese poco de saber sobre el alma humana Yolanda había construido que ella no era normal. No, no, de ninguna manera; seguro era neurótica, pero a esta altura de los acontecimientos, saberse neurótica hubiera sido un alivio; seguro era algo peor, seguro era un bulto venido del infierno: ella, esto lo sabía con toda seguridad, no figuraba en el índice de los libros de Freud, ni de Melanie Klein ni de Otto Fenichel. Diez años atrás, no sabía ella ni quién era, no se preocupaba mucho por enterarse tampoco. Su búsqueda se limitaba a la sobrevivencia diaria en el ámbito laboral, a un poco de placer destilado por los hombres, la buena mesa, la bebida y la lectura.

El malestar lo volcaba en unas páginas locas que escribía, un diario íntimo, más tarde una columna de humor en una revista infantil, la redacción de la parodia de un cuento de hadas que circuló sin pena ni gloria por las editoriales sin que ninguna demostrara mayor interés en publicarlo. Le encantaban los cuentos de hadas; le excitaba meterse en ese mundo de roles precocidos para cada uno de los personajes, y alterarlo. ¿Qué tal si la princesa se enamoraba del dragón? ¿Qué tal si al príncipe no le gustaban las princesas, si era homosexual? (Algo de esto estaba ya insinuado en “La princesa del guisante” de Andersen, pero el día que lo mencionó en una ponencia en un congreso sobre literatura infantil, los estudiosos la miraron con cara de asco. Por pura vergüenza, ella acortó su ponencia y se quedó sin decir unas palabritas sobre la libido del señor Andersen; se calló el asunto de que ella lo consideraba un fetichista de los pies: su literatura estaba repleta de asuntos con las piernas y los pies femeninos, a saber: “Las zapatillas rojas”, “La sirenita” y otros. A lo mejor, al final, con la autocensura impuesta, su ponencia quedó un poco confusa. Tampoco estaba segura de que los críticos de la literatura infantil comprendieran de lo que ella estaba hablando.)

Cuando Yolanda comenzó a hacer historias donde tergiversaba el buen orden del cuento de hadas, siguiendo un poco el ejemplo de “Meñique” de José Martí, las editoriales la miraron con cara de bicho raro. Lo que ella escribía era una aberración, una perversión: dar vuelta un texto para hacerle decir lo que no quiere decir, es subversivo. Las princesas son hermosas y los príncipes valientes; los malos son feos, gigantes, ogros, a lo mejor con un poco de buena voluntad, al final de la historia pueden volverse buenos, pero esto no es necesario en el arte de los cuentos para niños. A los malos basta con matarlos, ahorcarlos, deshacerse de ellos. Los Grimm, carentes de piedad para el asunto del castigo a los malos, encierran a la Madrastra de Blancanieves en un tonel con clavos y la ponen a rodar. Bastaba con imitar la pluma de los Grimm —¡como si esto fuera poco!— y no pedir demasiado más a la vida. Este era el canon literario vigente cuando ella comenzó a escribir; después el tipo de historia que ella postulaba, resultó que se puso de moda. Decían que ‘creaba criterio’, que enseñaba a los niños a desconfiar de la ‘historia oficial’ contada en los manuales escolares y en los libros de historia. Quizás su propia carrera en la literatura, los textos que le fueron publicados, hablaban a las claras de la conciencia editorial de un país que ha vivido diez años de una Dictadura sangrienta: primero, el poder (léase el Estado) desconfía de nosotros; luego, nosotros (léase el pueblo) podemos darnos el lujo de desconfiar del Estado. Claro que el fuerte de Yolanda no era la desconfianza; si ella hubiera podido desconfiar de Juan Jacobo, no estaría metida en el lío, en la tragedia, en la que estaba metida. Originalmente, Yolanda al escribir estos cuentos lo único que se había propuesto era divertirse: la risa es el alimento de la música. Pero bienvenido sea el éxito literario: los

dinerillos no están mal y ella no tenía vocación de mártir. Había soportado una época de pobreza, en la que su carácter templó y las expectativas sobre su profesión adquirieron metas reales, metas pequeño-burguesas. La primera producción fue una versión de Caperucita Roja: Caperucita era aquí una niña muy mala y todo el texto estaba llevado adelante por el Lobo Feroz que pedía oportunidad para defenderse. Decía algo así como: “Es natural que le crean a ella, una niña rubiecita y con trenzas largas, con aspecto de cándida. ¿Quién pondrá sus ojos, sus oídos, su misericordia sobre mí, un Lobo fiero y peludo?” Al final del cuento, Caperucita resultaba culpable y el Lobo inocente. Para un país que padeció la dictadura militar y tiene treinta mil personas desaparecidas en sus fauces, el texto era un acierto. Los militares en función, mientras lo estuvieron, hablaban de “guerra”: Esto ha sido una guerra, decían, y en la guerra mueren personas, guerrilleros. Con ese slogan tenían al pueblo aterrorizado y secuestraban, torturaban y mataban a quien se les cruzaba por las mientes. Esta no había sido una guerra, decía el Lobo Feroz en la voz de Yolanda, esta ha sido una matanza. El Lobo era el espíritu de los muertos, clamando justicia. Este discurso impresionó en el ambiente literario: los niños eran niños, no idiotas. Esta historia había sucedido en el país en que ellos vivían, crecían, en el que algún día no tan lejano tendrían que votar y elegir un mandatario. Desconfiar de los discursos oficiales era una buena escuela. Así que, a fin de cuentas, Yolanda Pratt resultó una vanguardista.

Capítulo 2

Cinco años atrás, antes del éxito de “Lobo Inocente” ella llevaba medianamente la vida de un animalito, sí. Para ese entonces ya le preocupaba no encontrarle sentido ni a su existencia ni a la vida en general, los hombres en sus manos se ajaban como flores del mal, y Baudelaire en su lugar nos les hubiera dedicado ni siquiera un soneto, mucho menos atención, cuidado y freírles la comida, como ella había hecho con uno y con otro, sin pausa ni cuento. Había habido un principio, luego un nudo y ahora –eso le quedaba muy claro– un final de ese tipo de relaciones. Se había mostrado complaciente, paciente, solícita: había escuchado con atención jeremiadas de toda laya sobre el pasado de los susodichos en los que inculpaban de males que a todas vistas eran efecto de sus propios vicios a los progenitores; relatos donde los amados se mezclaban en líos judiciales con hermanos, hermanastros, ex mujeres, hijastros. A todos ella había recomendado poner al mal tiempo buena cara y enseguida les ofrecía el apoyo de su hombro, su seno y algo de dinero. Esto último hasta el más pintado lo aceptaba. Ahora, al parecer, la samaritana había arribado a la meta. El paquete terminaba de conformarse con el *catch as catch can* del sexo; hoy ya corría por uno a encontrarse en un motel desvencijado, con cucarachas que bailaban arriba y abajo de las paredes y las chinches se ayuntaban con tanto o más placer debajo de los colchones como quienes estaban encima, y mañana se agachaba ella en una esquina, a la luz de un candil que nada tenía de romántico, para hacerle una mamada a otro, satisfacer un caprichito erótico a su amante de turno. Arribada al final, hay que decir que también el placer de estar debajo, el placer de estar a horcajadas, se termina. Uno le había roto el corazón y de rabia, ella fue y se lo rompió al próximo que apareció en su vida. Esto del ping pong del amor era bastante divertido, según los ojos con que lo mirara, aunque a ella le estragaba la piel y las fuerzas, y en el fondo consideraba un pecado más grande no al salir ilesa de los combates sino a la afición que le había tomado a dañar. Cuando la culpa la atenaceaba, se excusaba diciendo: “Es mi destino maldito caer siempre en manos de hombres histéricos y estoy harta de hacer de enfermera.” Al cabo de un tiempo de ir de mano en mano, llegó a la conclusión que los dos sexos jamás podrán estar unidos, esos dos no pueden unirse porque los separan un océano de lágrimas y malentendidos. Tuvo un amante que parecía cuidarla, quererla; ella fumaba mucho y él le decía que *pensara en el mal que le hacía a su corazón con el cigarrillo y tanta nicotina*; al cabo de un tiempo, él la dejó y se casó con una bailarina de rumba: así era como él pensaba en el corazón de Yolanda. Cuando los recordaba, el recuerdo se le apelmazaba como un collage. No tenía imágenes demasiado individuales de uno o de otro; tenía que detenerse a cavilar quién era el que sabía preparar el carré de cerdo, quién el que la había llevado a la Montaña Rusa. Apilaba en su memoria los nombres de

los ex amantes por orden alfabético, con aire de laboriosa bibliotecaria. Aldo, Baldomero, Carlitos, Dany, Fernandinho, Héctor, Juan Jacobo (a quien le atribuía su caída), Luis, Marcial, Orlando, Polichinela (nunca supo cuál era de verdad su nombre de pila, lo conoció en la época pre-carnavales en Río de Janeiro), Rubén Darío, Sergio, Tito y Waldo. Eran todo un abecé; Yolanda prefería el orden alfabético, porque astrológicamente todos se parecían mucho: fuego y aire, es decir, la nada.

Por esa época, cinco años del señero *Lobo Inocente* ella publicó *La historia de Pollo Pimienta*, una saga sobre un pollo que llega a trompetista en una filarmónica de pueblo. Era un cuento para niños y aunque no fue un boom y mucho menos tuvo éxitos de venta, a Yolanda la conformó, la satisfizo y la reconcilió con los hombres y el destino. Se había convertido en escritora de cuentos para niños, mal que le pese a unos cuantos. ¡Se puede ser cosas peores en la vida, mendigo en las iglesias, borrachín en las tabernas, bailarina nudista!

Fue entonces cuando murió Stella Maris, su hermana. En cinco meses, un cáncer la devoró y dejó a la familia patas arriba. Stella Maris, joven, bella, inteligente, médica flamante y egresada con el mejor promedio de la Universidad del Salvador, segura de sí misma, normal, la flor de la casa. Muy bien, ahora yacía dos metros bajo tierra y las tías estaban inconsolables. Yolanda Pratt hizo las valijas en menos que canta un gallo, dejó que del entierro de su hermana y los ritos finales se ocupara el novio de Stella Maris y se mandó a mudar a Pondicherry, en la India, a ver si entendía de qué van las cosas en este mundo que ella parecía nunca levantar cabeza en la rueda de la fortuna.

Era el destino de su familia: todos morían muy jóvenes; Yolanda parecía de todos las más longeva: cuarenta y seis años. Muy lindo Pondicherry, mucho verde y buen clima. A los cinco días de estar ahí la picó un mosquito y enfermó de malaria. Pasó otros cinco días en un hospital público comunicándose en mal inglés y llorando en buen hindú. Volvió a la Argentina tan rápido como si hubiera venido de una patada en el culo. Cuando estuvo acá otra vez, conoció a Juan Jacobo y él fue quien la salvó para una vida mejor, o eso es lo que ella creía, por ejemplo, hasta hace un mes, cuando cayó en desgracia. Sin embargo, Juan Jacobo le prodigó un amor de madre —su madre había muerto de leucemia año y medio después de ella nacer— y la severidad de un padre —su padre murió en un accidente de avión cuando ella contaba diez años. En suma, que Juan Jacobo Corazón de Jesús Expósito, fue para ella en cinco años de amor, su madre y su padre.

Jacobo Corazón de Jesús Expósito, o como bien se llamaba a él mismo, Juan Jacobo, apareció por primera vez en la vida de Yolanda en un aeropuerto, concretamente, en el aeropuerto de la ciudad de Córdoba, mientras ella esperaba el avión que por fin la dejara en Buenos Aires de regreso de la

India. La vuelta había sido vía Santiago de Chile. En otro momento de su vida, o por lo menos si no hubiera tenido fiebre tan alta y se hubiera visto obligada a disimularla, Yolanda hubiera querido darse una vueltecita por la Isla de Pascua. La atraía el asunto de los tótem; esas carotas enormes esculpidas en piedra le recordaban los próceres de la Patria; los que en las plazas estaban a caballo indefectiblemente aturdidos por la caca de las palomas y los que venían estampados en los billetes de cincuenta y cien pesos. Yolanda Pratt tenía treinta y ocho y medio de fiebre, y trataba de disimularlo para que la compañía aérea no la pusiera en cuarentena y la dejaran arrumbada en el aeropuerto de Nueva Delhi. Cuando la azafata la vio arriba del avión, desolada y al borde del desmayo y le preguntó qué le pasaba, Yolanda primero se hizo la tonta diciendo que no entendía el idioma inglés, las preguntas que le hacía. Después vino el piloto a interrogarla; era portugués. Ella le contestó rápido, porque temió que por atenderla a ella el avión se viniera abajo –así, ella hubiera repetido la muerte del padre, como su hermana Stella Maris repitió la de la madre-. Le dijo que tenía pánico a volar y que había tomado unos sedantes. No le hicieron más preguntas; por fortuna, ninguno le tocó la frente afiebrada. Ya en Córdoba se relajó, después de todo éste era su país: estaba en casa. A su lado había sentado un hombre, buen mozo, de unos treinta y algo de años. Se sentó junto a ella y lo primero que ella pensó fue que se trataba de un carterista, un ladronzuelo de lugares públicos. Pero el hombre fue muy amable con ella, le hizo una sonrisa educada, condescendiente y cuando la vio transpirar como un caballo por la fiebre, le ofreció un pañuelo de hilo, blanquísimo. Qué antigüedad el pañuelito y el modo de conocerse a través del pañuelito, pensaba ahora ella, si había sido como en otras épocas la gente, los sexos, trababan relación gracias a los billetitos escritos, abriendo o cerrando o moviendo el abanico de determinada manera para significar algo o acordar la cita, las esquelas, las flores de colores. Yolanda le agradeció, él se puso de pie frente a ella y la contempló con atención. No tiene buen ver, le dijo. “No”, contestó ella, “no me estoy sintiendo bien”. Por suerte, la época de la tisis ya era historia y él no se apartó de ella y del sitio hasta donde llegaba su aliento. El tendió su mano, que ella tomó sin un gramo de fuerza.

-Juan Juan Jacobo Expósito –se presentó.

¡Qué apellido! ¡Qué nombre y qué apellido! Ella podría haber intuido algo; haberse dicho, después de tanta experiencia leyendo cuentos para niños: “Así como este tipo podría llamar al gigante que vivía en lo alto de la mata de habichuelas mágicas, adonde subió Jack”. Ella podría haber desconfiado: pero no estaba en su naturaleza desconfiar; se entregaba por completo y ella llamaba generosidad a lo que cualquiera más cauto y con dos dedos de frente, hubiera llamado estupidez.

El se sentó a su lado, ella sin saber cómo pudo tomarse semejante atrevimiento, apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida. Hasta que le cayó encima la desgracia, Yolanda le había atribuido este proceder suyo a la fiebre y la malaria, aunque a vistas de lo que pasó, bien podía tratarse de un método de Juan Jacobo para con las mujeres, a lo mejor el pañuelo estaba embebido en cloroformo y ella no lo notó. Cuando despertó estaba arriba del avión, rumbo al aeropuerto de Ezeiza, Buenos Aires.

Ella cabeceó en sueños y él murmuró, tranquilizador:

-Dije que usted es mi esposa. Quédese tranquila. No le preguntarán nada.

Cuando pisaron tierra, él se ocupó de pedir un taxi y llevarla a su casa. Se había tomado el trabajo –o la audacia- de leer su pasaporte, el domicilio, la edad, los datos y números básicos que hacen de una persona esa persona única que es en la sociedad. Yolanda no tuvo fuerzas para oponer resistencia; él la llevó a su casa, la desvistió, la metió en la cama y se metió en la cama con ella. Durante quince días la cuidó con dedicación, apenas apartándose de su lado, hasta que la fiebre remitió, la abandonaron los delirios y volvió a ser la misma persona. O casi, porque la misma, nunca lo volvió a ser, fuera esto para mejor o para peor.

El se mantuvo sentado a la cabecera de la cama –o dentro del lecho, entre sus piernas, según le confesó a ella con picardía mucho después-, haciéndole beber té frío y dulce, de a sorbitos y leyéndole los libros que iba encontrando en los anaqueles de su biblioteca: los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Janosch, Frau Nostlinger y Fröken Gripe. Se lo pasó muy bien, atendiéndola, le confesó más adelante. Por suerte para ambos, la enfermedad no duró tanto como para que él se consumiera los ahorros que traía de Unquillo, Córdoba, para probar suerte en la gran ciudad ni para que se acabaran las vituallas enlatadas que ella guardaba en su alacena desde antes de la partida a la India. El se alimentó con latas en conserva de picadillo, viandada, atún, caballa y legumbres. Compraba galletas de agua en aquel tiempo y las untaba con el alimento de la lata en cuestión. Eso, al principio. Después, como se quedara con hambre recurrió al pan francés que le vendían en la esquina, una morenita muy atrevida que de no haber sido porque él la puso en cintura con su indiferencia –esto es lo que él reveló a Yolanda, pero vaya a saberse qué le habría hecho él a la muchacha- ella lo habría invitado a salir de copas. Dijo él que en aquel tiempo, usó la computadora y la impresora de ella para imprimir los curriculum vitae que enviaba a determinados puestos, que le parecían interesantes y cuyos avisos leía en Internet. Ella pensó durante un buen tiempo, hasta que estuvo del todo repuesta, que él le hizo ese cuento del buen muchacho que busca trabajo y en realidad quiere vivir de arriba y le aceptaba el cuento. Yolanda calculó que era un cuento: primero, porque ella tenía una clave de

acceso a la máquina; después, porque nadie lo llamó para emplearlo. Andando el tiempo se dio cuenta que él sí halló la clave y que se metió en su computadora y la husmeó de arriba abajo, leyéndole los correos, la especie de diario íntimo que llevaba desde hacía varios meses y que incluía relatos ‘picantes’ de sus aventuras sexuales con otros hombres. Nunca le dijo Juan Jacobo cómo encontró la clave: *Estrella-Marina*: quizás ella se la reveló en un acceso de fiebre alta o a lo mejor no era una clave demasiado complicada, siendo Estrella Marina la traducción al español de su hermana recientemente difunta y la causante de todo este movimiento..

Un mes después de estar repuesta, Juan Jacobo vivía con ella; y a los dos meses, se casaron. Sin fiesta, muy decorosos ambos. El no tenía parientes: la madre lo abandonó al nacer, decía, como a Oliver Twist (la semejanza entre Juan Jacobo y Oliver Twist era de su propio cuño, no de él); lo dejó en la puerta de la iglesia, a la usanza antigua, que desde un Papa del medioevo no se consideraba pecado. Juan Jacobo decía: Son madres desnaturalizadas las que abandonan a sus hijos, peores que las perras y las gatas: habría que abrirlas en canal y colgarlas así abiertas en el medio de una plaza para escarnio y ejemplaridad. Era un castigo un poco fuerte, un poco desmesurado, pensó Yolanda, pero se reservó sus opiniones: probablemente él opinaba así porque había sufrido mucho su orfandad. De su padre ni siquiera sabía el apellido, ni quién era. En el hogar donde pasó su niñez, en el norte, lo criaron entre curas y monjas y la experiencia no fue buena: él prefería no recordarla y como favor personal le pidió a Yolanda que nunca le sacara el tema ni lo acosara con preguntas. Igual, tenía unas habilidades aprendidas en los hogares: las habilidades enternecedoras como cocinar dulce de zapallo o construir con madera de pino una mesa, una biblioteca, una silla. Era lindo verlo construir muebles, *jugar a la casita*: Yolanda imaginaba que Pulgarcito tendría los mismos arrebatos que Juan Jacobo y llegado a adulto y casado con una mujer buena, del bosque, un día, de buenas a primeras se ponía a amueblarle la casa. Talaba los árboles, los aserraba, clavaba y pintaba con barniz. Indefectiblemente, los muebles que Juan Jacobo construía se descolaban. Como hubiera ella invitado a Mariano Morgan, sub editor del grupo Cardigan en Argentina y estuvieran negociando los derechos de *El pulpo frito* un libro que ella acababa de terminar con ilustraciones propias, y cuando Mariano se estiró para alcanzar su portafolio y buscar allí una estilógrafica con que Yolanda firmara, se vinieron al suelo los dos y quedaron con el culo en el piso. Tuvieron suerte de que la pata de ninguna silla o una astilla se les clavara en alguna zona pudenda; se estuvieron riendo de esos muebles caseros un buen rato y luego Yolanda firmó. Pero a Juan Jacobo no le hizo ni medio de chiste que los muebles se partieran así de simple, como si hubieran estado pegados con arena y viento. Tal era su furia que descargó sin querer dos cachetazos en Yolanda. Después, por supuesto

se arrepintió por los golpes y le pidió perdón. No era su intención, aclaró, pero no soportaba que alguien se burlara de él. Todas las enseñanzas que había aprendido en el maldito hogar de huérfanos estaban malditas, concluyó, nunca jamás volvería a utilizarlas en su vida con ella. A partir de ahí, cada vez que ocurría un desperfecto en la casa, desfilaban plomeros, electricistas, gasistas, albañiles, como si ella hubiera estado casada propiamente con un inútil. Pero si lo molestaba hasta para que tuviera la deferencia de clavar un clavito semillita para colgar un espejo o un cuadro, él montaba en cólera y echaba putas sobre las monjas que lo criaron.

Al fin, Yolanda aceptó el trato de no molestarlo con cosas de la casa, de la vida doméstica y de las expensas; hasta consideró una *ganga* encontrar un marido más joven, bien parecido y que no le diera dolores de cabeza trayendo al hogar parientes políticos: ni suegros, ni cuñados.

Al tiempo de vivir con ella, Juan Jacobo encontró trabajo primero en una tienda de San Telmo, donde requerían a un vendedor con buen dominio del idioma inglés para venderles a los turistas camperas de cuero de vaca y otros productos autóctonos. El volvía a la casa de malhumor y se descargaba con ella, o mejor dicho, no se descargaba: nada más, no le dirigía la palabra. Masticaba lo que ella le ponía en el plato, absorto en la pantalla del televisor como si hiciera cincuenta años que estaban casados. Si ella hacía el intento de interrumpir semejante cena y expresar su disgusto, él la paraba con una seña: “No digas nada; puedo leerte la mente. No quiero oír una sola palabra, Yoly”. Yolanda consideró que eso no podía ser ni seguir así (no sabía qué le molestaba más, si la insatisfacción laboral de él o el que la hiciera callar o el que la advirtiera de que era capaz de leerle la mente; ella quería en su casa, en su cocina, en el comedor y en la cama, a un esposo amante, no a un mucamo ni a un mentalista; sin embargo, él no podía ni escuchar el menor argumento en torno.)

Como sea, ella le encontró un puesto en prensa adentro de una editorial nueva, pequeña pero con capitales de afuera, dos o tres inversores italianos. El pareció sentirse a gusto; nunca le agradeció verbalmente su intercesión; pero el primer día que cobró el sueldo le trajo un ramo de lirios y narcisos. Ahora estaba de moda regalar lirios, era el no va más en el negocio de la venta de flores y Juan Jacobo siempre se preocupaba por ser chic, por la moda, y en esa preocupación a veces gastaba más de la cuenta. No obstante, mientras hubiera dinero, esto no tenía por qué ser un problema en una pareja que se ama. Los gustos se dan en vida, parecían decir los dos con su conducta; pero el dinero era de ella: él gastaba y ella aprobaba.

Como también Yolanda Pratt estaba sola en el mundo, el hecho de que Juan Jacobo la cuidara y se ocupara de ella con tanto ahínco, fue leído como un gesto de amor incondicional, inconmensurable. Incluso nunca puso en tela de duda los motivos que él pudo tener para hacerle el amor mientras se

hallaba desmayada esa primera noche en que se conocieron. Le parecía halagüeño que él se hubiera sentido tentado por su piel suave, apenas dorada por el sol de Pondicherry, por sus piernas largas y sus pechos pequeños. Estaba claro, a la vista de todo lo que pasó después, que ella podría haber considerado este primer acto de amor un abuso total y completo de su persona. Había vivido los últimos cinco años en un error respecto de Juan Jacobo y en una necedad respecto de sí misma. El amor, reflexionaba ella, si es incondicional no tiene límites. ¿Es así o no es así? ¿No es a lo que todos aspiramos? ¿A ser amados como un lactante, como una criatura recién salida del vientre y recibida por una madre amante? Pues bien, si el amor que ansiamos es ése, es un amor que nos condena a la vulnerabilidad; es un amor que nos quita todos los derechos. Un amor que nos arranca las ganas de comer y nos mantiene sin sueño. ¿Quién hoy hubiera podido afirmar si Juan Jacobo la había amado a ella enteramente, completamente, entregándose como lo hacía, con una solicitud extrema por todos sus deseos? ¿Quién, a la luz de los hechos que luego ocurrieron, podía decir que ella estaba ciega porque lo amaba; o porque lo amaba, que ella era su cómplice y se arrancaba los ojos para no saber de atrocidades? Ella no, sin ninguna duda, no podía. Yolanda Pratt había vuelto al punto de partida: hoy por hoy, ni siquiera sabía demasiado de sí misma.

Fue hasta la ventana y cerró los postigos.

Detrás se agolpaba un puñado de periodistas.

Capítulo 3

Había caído la hora de su desgracia, se dijo por cuarta vez en lo que mediaba de la mañana; había mirado su correo electrónico y salvo un mensaje de propaganda sobre un tónico capilar para la calvicie y otro de Viagra, nadie le escribió. Nadie le contestó un puto mensaje: la bandeja de entrada permanecía vacía. Unas semanas atrás, antes de la caída, una editorial le envió una encuesta sobre cuáles eran sus personajes infantiles favoritos. La editorial sugería que el escritor nombrara entre el cúmulo de personajes clásicos como Cenicienta o Alicia, algunos otros personajes de nuevo cuño (la Natacha de Luis Pescetti, Manolito Gafotas de Elvira Lindo), preferentemente editados por la casa. Luego, enviarían las respuestas a un diario importante, para que toda la ciudad la leyera y tal vez, influyeran sobre algunos lectores –o mejor dicho, padres y maestros de los lectores, que eran quienes administraban el poder adquisitivo de la familia y la escuela y el cuerpo (ojos incluidos) de sus hijos/educandos-. Yolanda Pratt hizo una lista de diez personajes. Después, envió la lista al remitente del correo. Pasó una semana, dos, sin que los tipos de la editorial hicieran acoso de recibo. Volvió a escribir –a veces los correos no llegaban, se perdían, entraban como basura, o las casillas de hotmail no hacían bien su trabajo. Espero unos días temblando de ansiedad. Tampoco esta vez le contestaron; era un mensaje bien claro el del silencio, no expresaba la censura en palabras: estaba fuera del ambiente, expulsada, excomulgada, para siempre. El castigo no se le impondría hasta que el escándalo cesara –tarde o temprano el escándalo tenía que pasar, borrarse, al fin y al cabo, ella no cometió ningún crimen-, el castigo le sería impuesto en forma de apartamiento por mucho tiempo, años, estigmatizándola, haciéndola llevar un cencerro al cuello, como los leprosos cuando anunciaban su paso entre los sanos. Ella traía la peste. Podía fingir que no pasaba nada, y por ejemplo, enviar originales a alguna editorial española o colombiana, que no estuviera al tanto del mal trance por el que Yolanda pasaba. No obstante, los españoles y los colombianos realizarían una búsqueda en torno a su buen nombre, no una búsqueda demasiado profunda, por cierto: bastaba poner su nombre en el buscador de google para que se descolgara todo el asunto que la traía loca. Hasta había foros de discusión entre algunos que antes habían sido sus lectores –niños en aquel entonces, adolescentes y jóvenes hoy- y se manifestaban en pro o en contra del asunto: sin saberlo, ellos hacían la sanción más pesada de lo que ya era.

Sin embargo, Yolanda Pratt hizo ganar dinero a la editorial en la que publicó, sí, pero en épocas anteriores que hoy por hoy a la editorial de turno se le antojaban antediluvianas. Hasta tuvieron el tupé de retirar los libros suyos de circulación; estaba interdicta.

Hasta hacía muy poco tiempo atrás, la asediaban con entrevistas, con estudios sobre su obra. ¿Cómo escribía ella? ¿Lo hacía siguiendo un palpito, una corazonada, o más bien cada escrito era hijo de un largo proceso de elaboración? ¿Tenía una rutina, cumplimentaba algunas horas por la mañana o más bien era una inspirada que escribía cuando la tomaba la inspiración, como a quien toma desprevenido una lluvia en el microcentro cuando ha ido para hacer unos trámites bancarios? Qué era más importante para ella en la guerra de fondo y forma: ¿era el contenido o era la voz narrativa lo que tenían mayor importancia? A Yolanda le gustaba este ring del mundillo literario. Cobró cierta notoriedad con la novelita para niños de nueve años –o segundo ciclo de la enseñanza general básica- titulada *El viaje del escorpión y la rana*. Ahí, re-contaba la fábula esópica: a la rana le habían entrado calambres y por eso fue que se hundió: el escorpión no era tan mala persona como el cuento hacía saber. Igual, no fue hasta la publicación de *Caperucita Lola* donde recibió críticas en los diarios y un lugar destacado en la lista de mejor vendidos de una cadena de librerías. Era evidente que Caperucita era para Yolanda un lugar recurrente y por eso cada tantos años, más o menos cada lustro, volvía a la carga con el personaje. Esta nueva Caperucita gustaba a todo el mundo, era pícara, malvada, se vengaba del lobo feroz que no era más que un bicho molesto, moralista, vegetariano. Después, el libro fue seleccionado (también debido a las ilustraciones de Claudia Alfonso, muy bellas y coloridas) como Mejor Libro del Año por SFLIA: Sociedad de Fomento de la Literatura Infantil Argentina, es decir, la selección nacional de IBBY, Internacional Board on Books for Young People. La distinción de SFLIA no tenía en absoluto la preponderancia del Premio IBBY, el Hans Crithian Andersen, el premio en literatura infantil más importante del mundo. Cuando *Caperucita Lola* fue distinguida, ella contaba treinta y siete años, tenía un pasado como narradora oral y periodista y enseguida corrió la noticia del destacado entre algunas editoras. El libro tuvo una buena acogida en la feria de Bolonia, célebre en libros para niños. Enseguida lo vendieron y lo tradujeron al alemán, al italiano y al holandés; o sea que antes de que aquí se despabilaran acerca del material que tenían en sus manos, en Europa iba en vías de convertirse en un clásico: es así: nadie es profeta en su tierra. *Caperucita Lola* fue el fermento de la narración que vino después *Querido Ogro*, una novela bastante larga, para niños de doce años. “*Caperucita Lola*” preparó el terreno, las mentes de las editoras más jóvenes y de vanguardia, para ganar el Premio Barcarola (hacía de esto cinco años atrás, seis meses después de su casamiento con Juan Jacobo). “Ahora lo único que falta para la felicidad completa, es la llegada de un bebé”, pensó Yolanda en aquellos días, en la espuma de los brindis sucesivos. Pero ni Juan Jacobo ni ella querían niños por el momento, todavía se estaban conociendo, afirmaba él a quienes le preguntaban acerca de por qué no encargaban familia. Recién a

los cinco años de convivir con alguien, decía él que lo había leído en una estadística, uno va enterándose de quién es el otro. Ella para sus adentros pensaba que el riesgo era que para cuando llegaran a conocerse por completo tal vez ya estuvieran aburridos el uno del otro. Igual, no lo decía en voz alta porque no quería discutir con Juan Jacobo, que bastante mal carácter había resultado tener, se sulfuraba por cualquier trivialidad y ella quería tener la fiesta en paz, la mas de las veces.

El casi siempre le andaba encima, acechando para saber si escribía o no escribía: sino estaba escribiendo: ¿en qué cosa perdía el tiempo? ¿Jugaba al solitario en la computadora, al Tetris, al Pacman? Como fuera, *Querido Ogro* le dio cierta fama y dinero. Una muchacha, del estilo fresco y puro de Rosarroja y Blancaflor, sube a la casa de un ogro y convive con él. Pasa por distintas aventuras hasta que él y ella se enamoran y hacen de todo por congeniar su naturaleza y sus tamaños, el diminuto de ella y el gigantesco de él. Fue todo un éxito; le hicieron reportajes en la televisión y para los diarios. A los programas de televisión la acompañaba Juan Jacobo. No le gustaba que su mujer fuera sola, comentaba, que se la codiciaran. Ella le recordaba que por más que él intentara impedirlo, al otro lado de la pantalla habría como mínimo unos cuantos miles de televidentes. Juan Jacobo compró un Renault cupé para llevarla y traerla a todos lados; era de a ratos solícito como un ama de llaves y a ratos se portaba peor que un califa con una odalisca en rebeldía. La relación de Yolanda Pratt con la prensa era ajena, era una relación de pez fuera del agua. Le gustaba una explicación que le había dado un autor infantil, Ricardo Mariño; bebieron a la salud de uno y de otro y él le dijo: “Cuando un medio gráfico le hace un reportaje a un escritor de literatura infantil, manda a una colaboradora del diario o revista que no tiene idea del tipo de entrevista que está haciendo. Mientras discurre el reportaje, el escritor se pregunta cómo llegó esa chica tan linda a trabajar en la página cultural. El escritor sólo es capaz de pensar una respuesta: el jefe de sección quiere convertirse en su amante. El fotógrafo que acompaña a la chica sí tiene una idea concreta. Esa idea se expresa en el tipo de foto que quiere sacar: el autor sentado en el suelo, rodeado por sus propios libros; el autor, posando entre juguetes de su hijo; el autor en una plaza, sentado en un tobogán; el autor charlando con una marioneta. La idea del fotógrafo es bien precisa: alguien que se dedica a la literatura infantil es infradotado.”

Capítulo 4

En el escritorio de la computadora —en el centro de un diseño que Windows denominaba Lazo Azul 16— había una imagen de un cuadro de Mark Rothko: “Verde sobre morado”; al parecer evocaba la melancolía. A Yolanda, en otra época, le bastaba mirarlo para tranquilizarse, entrar en la concentración. Ahora, si lo miraba, le entraban ganas de echarse a llorar como un bebé de pecho. Hacía dos días que había conseguido unas pastillas que al tomarlas las dejaba en un estado de nirvana y con eso vivía, iba tirando un poco hasta que el tiempo cicatrizará la herida. Ella tenía dos documentos en el escritorio a medio escribir: “La princesa Marcolina” y “Tengo una receta para hacer desastres”. En este último, la protagonista era la misma de “Soy demasiado pequeña para ir a la escuela” y “Nunca jamás comeré pepinos”. Se trataba de una niña pequeña llamada Tasha que hacía un lío tras otro, y era muy graciosa. Tenía una tortuga, un hámster y solía entablar largas charlas con su amiga invisible Ilse Nilsen. Estaba en la mitad de la escritura de este libro infantil que saldría con las ilustraciones de Claudia Alfonso, con quien ella se entendía muy bien y sus ideas literarias eran traducidas perfectamente al dibujo, casi como por encanto. Entre las dos, incluso ya habían apalabrado a la editorial y tenían un compromiso para la edición. El adelanto en plata era bueno, los términos del contrato satisfactorios. Habían pedido un diez por ciento del precio de tapa, y no cejaron aun cuando la editora estaba empeñada en pagarles sólo un ocho por ciento. Ahora se estilaba pagar el ocho, y después ir ascendiendo el porcentaje, según si hay reimpresiones o no; así las autoras compartirían el riesgo empresarial, explicaba. Ellas no aceptaron; Claudia era capaz de ponerse a darle una charla sobre plusvalía de tres horas seguidas y hubiera hecho derramar lágrimas de emoción al mismo Karl Marx. La editora cedió: iban a cobrar el diez por ciento: era todo un logro, se dijeron ilustradora y autora y salieron a brindar a un bar irlandés, un brindis breve pero en cambio altamente etílico y coronado por una gran fuente de pochoclo salado. Estaban felices, la felicidad más que nunca aquí demostró su verdadera naturaleza de niebla: los límites de entre la felicidad y la infelicidad nunca estaban para Yolanda Pratt del todo claros y pasaba imperceptiblemente de una a otra con su barca mal calafateada. Esa noche volvió a la casa un poco borracha, tratando de ubicar mentalmente adónde cuernos tenía guardado el sobrecito de sales pépticas Alka Seltzer para evitar la resaca, porque a Juan Jacobo no le gustaba verla jaquecosa el día después de una borrachera, yendo de un lado a otro del estudio como un alma en pena, sin poder teclear una sola palabra. Se tiró en la cama con la ropa puesta y durmió como un ángel; extrañamente él no le armó una escena al día siguiente, y tres días después cayó sobre ella la desgracia con toda la fuerza del derrumbe de

una montaña. “Tengo una receta para hacer desastres”, es obvio, calculó Yolanda, no era un libro de su imaginación: era o bien un presagio o bien una autobiografía.

Pero ¿cómo anotaba la pequeña Tasha de seis años, en su cuadernito con tiernos corazones dibujados por Claudia, que durante cinco años había sido la esposa de un violador?

Mejor olvidarse de los antiguos goces de la profesión, aquellos que en su momento aparecían como fastidios: las visitas a las escuelas, las ferias de libros: rodeada de niños contarles un cuento que ella escribió o hablar de sí misma, de lo que significa ser un escritor; o permanecer sentada frente a un pequeño escritorio, firmando ejemplares que los niños le traen con manos temblorosas de vergüenza, estimulados por la madre o el padre que acaba de comprarlos y que piensan que la firma de Yolanda Pratt, en el futuro, valdrá algo (ahora deben estar arrancando con una gillette, cuidadosamente, la página firmada). Miró en su agenda y tenía tres ferias del libro anotadas, a las que debía concurrir: en el mes de mayo, en la ciudad Neuquén, debía dialogar en público con una periodista especializada en literatura infantil; en junio, en San Rafael, Mendoza había un congreso de literatura para niños y narración oral, y le habían pedido que participe en calidad de oradora; y a principios de agosto ya estaba anunciado el Encuentro Anual de escritores para niños en Barranquilla, Colombia. Ahora, su nombre estaría siendo borrado de todas las agendas, de las futuras agendas e invitaciones. Fuera de la India, esos cinco días en Pondicherry y el único que pasó en Nueva Delhi (en el aeropuerto), el poco resto de mundo que conocía había sido gracias a la literatura. Congresos aquí y ferias allá, los viajes interminables, asombrosos. Era un lindo oficio el del escritor, durísimo, pero gratificante. Ahora tendría que vivir de sus pocos ahorros, tal vez vender la casa de su tía Ana Susana en Palermo, poner esa plata en el banco, a plazo fijo o en un fondo de inversión y rezar para que al banco no se le dé por estafarla o quedarse con sus ahorros, cosa que cada diez años solía suceder en este país con una rigurosidad *del azar* tan exacta como el día en que cae cada mes la menstruación en una mujer cuyos ciclos son saludables y regulares. Ella ya no tenía el período; tenía cuarenta y seis años; el estrés y tal vez la genética hicieron que entrara en la menopausia muy joven. (Igual de cuál era su genética, ella mucho no sabía porque su madre murió a los veinticinco y su padre a los treinta y tres: a lo mejor, estas cifras querían indicarle a ella que debía darse por satisfecha: había sobrevivido la edad de fallecimiento de sus propios padres.) Poniéndole al mal tiempo buena cara, podía decir que ahora tenía la oportunidad de viajar por los lugares del mundo donde ni siquiera los viajeros se aventuran mucho. Ya que era una paria, podía recorrer los lugares de peligro sin que se le moviera un pelo; por ejemplo, podía meterse en el África Negra, en el Congo Belga –que ya

no pertenecía a Bélgica, si sus conocimientos de geografía política no le fallaban-, visitar el reino de los zulúes, de los pigmeos, de los hotentotes, de los caníbales. Una misionera que conoció en una feria del libro, le contó que arribada a la Guinea Ecuatorial, todo lo que ella creía feo en sí misma, en su propio cuerpo –la barriga, los senos abultados, los ojos saltones- resultó para los lugareños signo de hermosura. Sus rollos en la cintura, su gordura, era allá signo de belleza, por ejemplo, y hasta el hecho de que en ese país la electricidad existía sólo doce horas por día, hacía que la vida fuera relajada y que las personas, recalcó la misionera, se sintieran unidas a la Naturaleza que las gestó. Según supo, la misionera después se carteaba con los presos de un penal de las afueras de la ciudad de Rosario, y cuando uno fue dado de libertad, se le instaló en la casa por unos días. La misionera no tenía el menor temor del ex presidiario: había sido un ratero, un carterista del colectivo 60 que un día se vio implicado en un robo a un bazar, en el que él no tuvo nada que ver. Es cierto: ¿qué puede uno temer de un ladrón de chiquitaje? ¿Qué es lo peor que puede hacerle a una, arruinarle la vida? No, en absoluto: a lo sumo desvalijará la casa llevándose el televisor y la radio portátil. Eso no daña la psiquis de ninguna persona; eso es un avatar de la existencia, una piedra en el camino.

El teléfono sonó en la habitación y la tomó sorpresa. Yolanda estaba segura de haber desconectado la campanilla, pero a lo mejor olvidó que la había vuelto a conectar cuando pidió la pizza, la noche anterior. Se dijo que no iba a atender: no quería hablar con los periodistas de Crónica ni de TN, ni con la prensa amarillista ni con la que parecía seria, de investigación. Eran todos unos chacales; exigieron un chivo expiatorio, lo tuvieron. ¿Por qué la acosaban a ella, ahora? Ella estaba a disposición del juez, esa era su posición, sólo el juez tenía derecho y podía determinar cuándo y cuántas veces quería interrogarla, preguntar una y otra vez sobre el caso de Juan Jacobo, indagar hasta dónde estuvo ella incriminada, si era una cómplice o no. Confiaba en la justicia, porque sino lo hacía no encontraba otro remedio a sus males que seguir el mismo camino de Juan Jacobo, quitarse la vida con un disparo; pero esto no era verosímil –pensó ella con su buen criterio de escritora de ficción-: para pegarse un tiro tendría primero que salir a una armería, comprar un revólver. Para ese entonces, todos los periodistas que estaban escondidos tras los ligustros del jardín de su casa le saldrían al paso. Nunca llegaría a la armería; para el resto de las cosas, para una muerte lenta y mejor preparada, ella no tenía valor. Además, ella no sabía nada de armas: no entendía la diferencia entre una escopeta y un rifle, entre una granada y una bomba: ¡había estado toda su vida ocupada escribiendo libros para niños, leyendo historias para niños! ¿Por qué era tan difícil de entender esto

para la gente? ¿Qué tenía ella que ver con jóvenes heridas en el parque, ultrajadas? ¡La ferocidad era para Yolanda Pratt nada más que un elemento literario, un recurso narrativo! La pena la inflaba de suspiros. Así que mejor quitarse la idea del suicidio de la cabeza y vivir con la piedra al cuello, aguantarse. Hay que aguantarse, parecía el precepto de una filosofía que toda su vida la rozó y ella no quiso aceptar, para venir ahora a imponérsele contra su voluntad. Odiaba estar viva, esa era la verdad. Pensó que Claudia Alfonso podía estar llamándola; desde que pasó lo que pasó, le habló dos veces. La primera llorando, deshecha, a ella nunca le había caído en gracia Juan Jacobo, pero una cosa era que el marido de tu amiga no te gustara y la otra es que se hubiera descerrajado un tiro, acusado de violaciones a chicas jovencitas y cercado por la policía. Por supuesto, Claudia no la acompañaría a la morgue ni al entierro, y hasta se permitió aconsejar que quizás una forma de limpiar su propio nombre —el de Yolanda, porque Claudia sabía de pies a cabeza que Yolanda era ignorante de las fechorías de su marido, y hasta en ese sentido ella pensaba a apoyarla, yendo a declarar al juez sobre la inocencia de Yolanda, que ya es mucho más de lo que ella se hubiera atrevido a pedir a un amigo, en honor a la amistad compartida— era dejar a Juan Jacobo pudrirse en la morgue, no hacerse de cargo del cuerpo, que dispusieran sobre el cadáver los agentes de la policía. De alguna manera, ella lo había visto morir y se había despedido de él, cerró Claudia con cierto morbo, ¿era o no era como decía el diario en primera plana, que él se pegó el tiro en el closet de la casa de ella, donde Yolanda tan buenamente guardaba las raquetas de tenis, el limpialfombras y la colección de estampillas de su tía Ana Susana? Haber limpiado la sangre de ese placardcito era, quisiera Yolanda o no, al decir de Claudia, una forma de despedirse de Juan Jacobo. Yolanda hizo tal como Claudia le aconsejó; la llamó esa misma tarde, para decirle su decisión y como la amiga no estaba le dejó un mensaje en el contestador. Claudia le devolvió el llamado varias horas después. Aguardentosa, le pidió: “Por nuestra amistad te lo pido, Yolanda: no me llames nunca más”. Pero Claudia podría haberse arrepentido del atropello, Claudia podría estar llamándola para pedirle disculpas.

Yolanda Pratt atendió el teléfono de sopetón. La voz gruesa, macabra, al otro lado emitió:

-Todo lo que él le hizo a esas chicas, te lo vamos a hacer a vos...

Colgó de inmediato.

Era como una pesadilla.

Era peor que estar muerta.

Capítulo 5

Creía que el cuento de la princesa Marcolina era su mejor obra. Le faltaban todavía unos retoques y aun no lo había dado a leer a ninguna editorial. Antes de la desgracia, las editoriales se disputaban sus textos como el pan caliente. El punto donde se hallaba enclavada era un lugar difícil: entre los artistas, se suele llamar amigo, amigos, a personas que sólo son relaciones laborales, es decir, que si no existiera un vínculo nacido primero del trabajo convenido y luego del dinero que ese trabajo puede lograr, la relación entre esas personas no existiría. Tal el caso de Gilberto Verona, de La Niña Editorial. A Gilberto ella lo consideraba un amigo; Gilberto leía sus textos desde antes que ella publicara con cierta regularidad y éxito. Al comienzo leía descuidadamente, pero cuando lo llamaron como editor en La Niña, él leyó los trabajos de Yolanda con mayor fervor y publicó unos cuantos. Dos por año o así. Ella le estaba muy agradecida; el día de la firma de los contratos –el contrato inicial, o por la re impresión o lo que fuera- se reunían en El Perro Azul, la fondita de la esquina de la editorial y tomaban una cerveza tras otra mientras se dedicaban a hablar de bueyes perdidos. Gilberto era gay así que ella descartaba por completo un interés sexual en ella. Era comedido, la invitaba a todas las fiestas y armaban un alegre grupete yendo a las entregas de premios literarios y demás desórdenes del ambiente; eran Gilberto, ella y Federica, la secretaria de Gilberto, que tenía hidropesía o una enfermedad relacionada con la gordura y cada vez que pasaban delante de ella una fuente con bocadillos y canapés, pegaba un aullido como si se acabara el mundo. Ambos –Gilberto y Federica- sabían que Yolanda estaba inmersa en un cuento de hadas complejo, donde trabajaba el lenguaje. (Era un mundo donde la princesa Marcolina tenía *un lenguaje* y sus súbditos tenían *otro*.) Ambos -Federica y Gilberto- estaban ansiosos por leerlo una vez que ella lo hubiera terminado. Ese momento había llegado ahora, pero ahora ninguno de los dos sería capaz, no sólo de leer su original, sino de devolverle el saludo en la calle.

La princesa Marcolina era un cuento largo, bastante sencillo para ella aunque los demás podían verlo complejo; no le costó demasiado elaborarlo y hasta Juan Jacobo colaboró con ella y aportaba una idea u otra. Después que lo terminó, ella le encontró cierto parecido, cierta reminiscencia con el caso de la caprichosa Romaiquía y el rey Abenabet que figuraba en el Conde Lucanor. Ya se ha dicho que nada de lo que se escribe puede ser original, absolutamente novedoso; un escritor es un crisol, un catalizador de lecturas anteriores que se consolidan en él para dar luz a una nueva forma de contar una vieja historia. (Dos por tres, Yolanda Pratt era acusada de plagio aunque no formalmente, ante la ley, sino que se hacía correr el rumor de que había plagiado tal o cual cosa sin que pudieran nunca demostrarlo fehacientemente y esa acusación volaba alrededor de ella como un

pájaro de mal agüero, que ella debía espantar a manotazos.) Pero volviendo al cuento en cuestión: Marcolina era una princesa caprichosa, a la que ningún pretendiente contentaba. Tenía el cabello rojo con rulos y muchas pecas por el rostro y por todo el cuerpo (la descripción física la había suministrado Juan Jacobo.) Vivía en un reino donde hacía un calor tórrido y ella quería comer helado. El único sitio de ese país donde había hielo era en lo alto de una montaña. Así que Marcolina lanza este desafío: a quien le traiga el hielo con que enfriar la crema de vainilla que piensa comerse, le entregará su mano y la mitad del reino. Sube a la montaña un principiante y un príncipe, suben con sus corceles blancos príncipes venidos de otros reinos lejanos, y sube un aprendiz de panadero, con un par de patines y una campana de cristal. Todos fracasan, regresan a los pies de Marcolina con una fuente de agua, que ella –porque era muy caprichosa y cruel- transforma en una fuente de recriminaciones y lágrimas. Al fin deciden hacer una alianza; entre todos subirán a la cima un gran tonel para meter la nieve dentro. Llevan picos, palas, cuerdas, para trepar. La subida es arriesgada, peligrosa; la idea del peligro que ellos corren para satisfacer su paladar mediante un helado de vainilla o de limón, a Marcolina le resulta indiferente. Parten, el pequeño aprendiz de panadero hace una gran reverencia, y entre risas y timideces –el aprendiz no sabe lo que es inclinarse ante el poderoso, rendirle pleitesía, le parece todo un gran chiste- besa su mano. Es un beso como un aleteo de pájaro y a Marcolina la deja pensativa. Tampoco ella sabe mucho de algunas cosas, del amor, por ejemplo. En los cuentos de hadas, reflexiona, el amor siempre se presenta después de un gran sufrimiento, una prueba tremenda –dormir cien años; caer envenenada y yacer en un ataúd de cristal en medio del bosque, estar sometida a la mayor servidumbre, convivir con un monstruo como marido y mujer-; por lo cual, reflexionaba la Marcolina del cuento de Yolanda Pratt, si resulta que para amar hay que someterse a tales trabajos y sacrificios, mejor vivimos sin amor y la pasamos lo mejor posible. No obstante esta visión egoísta, la princesa Marcolina cambia con los días al recuerdo de los besos del panadero. ¿Fue amor a primera vista, a pesar de que el amor es ciego?, se preguntaba. Este cosquilleo en el estómago, las hormigas en las rodillas, las campanillas en los oídos, ¿era el efecto del fenómeno que se denomina estar enamorado? Los expedicionarios a por la nieve pasan mil peripecias para llegar a destino. (Juan Jacobo, durante la escritura le sugirió unas cuantas.) Por más que se esmeran, cuando regresan al pie de la montaña los expedicionarios no traen más que el tonel hasta el borde repleto de agua fría. Tienen ampollas en las manos, les duele la espalda, los pies, los ojos de tanto mirar el horizonte blanco. Marcolina se sienta en el trono y llora. “¿Qué haremos con su tristeza?”, se preguntan los caballeros, “Somos unos inútiles”. Así que entre una cosa y otra, al aprendiz panadero se le ocurre meterse en la cocina y hornear un pastelito especial de

nuez, con azúcar y cerezas. Marcolina mejora su humor –por ejemplo, no envía a los caballeros fracasados a que les corten la cabeza- y llama aparte al panadero para tener una conversación privada con él. Los caballeros se ponen sobreaviso: ¿será que la princesa teme que el panaderito la haya envenenado? (Esta sospecha de los caballeros fue una idea de Juan Jacobo y a Yolanda le pareció a lugar para incluirla.) Cuando están en el gabinete, la princesa Marcolina se quita su coronita de piedras preciosas y la pone en la cabeza del panadero; a cambio, el gorro de panadero, se lo coloca ella en la cabeza. Así, le habla de su amor. El panadero la besa en los labios y hacen una boda por todo lo alto, con pasteles de perdices y codornices cuya cocción el futuro rey en persona supervisó. El panaderito y Marcolina viven juntos y felices por siempre. Fin del cuento.

Ahí lo tenía Yolanda, titilando en su computadora.

Lo mismo daba que lo enviara a un concurso de textos infantiles, o que lo eliminara. En el caso de que el cuento fuera elegido para premiar en algún concurso, cuando abrieran el sobre para conocer la identidad del autor que firmaba con un seudónimo de fantasía, se encontrarían con que era nada más y nada menos que la mujer expulsada de la sociedad por los malos pasos de su marido. Inmediatamente, darían el premio al autor que se postulaba para el segundo puesto. Los concursos podrán ser muy éticos, pero en aras de esta misma ética, nadie iba a premiar la literatura que componía la esposa de un perverso. Inspiró profundamente, y apretó la tecla que indicaba “Supr”, suprimir, borrando así el cuento inédito de su computadora, lo que equivale decir, a que lo borró de la faz de la tierra.

Capítulo 6

Algunas cosas podían hacérseles necesarias.

Salir y comprar alimentos, por ejemplo.

Si llegaba a enfermarse o a sentirse indispuesta, medicamentos.

El champú para el pelo se le había terminado, pero se lavaba con jabón. Seguiría haciéndolo por lo menos hasta que los periodistas dejaran de montar guardia en el jardín de su casa. Eran gente irrespetuosa, sin escrúpulos. Le habían pisoteado un rosal blanco, con cuatro o cinco pimpollos recién brotados, al que ella regaba y quería como un hijo. Hubo un alud de fotógrafos y un cambio de guardia de periodistas cuando sacaron el cuerpo de Juan Jacobo en la camilla, dentro de la bolsa negra, y entonces se aplastaron uno con otro para conseguir las mejores fotos o pedir al Inspector a cargo del caso algunas palabras, que no emitió. Ahí fue cuando destruyeron a pisotones el rosal y el enano de yeso que adornaba el jardín cayó de bruces y ellos le pasaron por encima sin el menor prurito.

El chico de la pizzería de la otra cuadra, sabiendo quién era ella, se había negado a llevarle a la pizza. Como era el sobrino o primo del dueño, el dueño mismo le había permitido no hacerlo. Ni que hablar del supermercadito chino, tan reacios siempre a hacer envíos a domicilio, estas circunstancias les venían como anillo al dedo para negarse. Yolanda se preguntaba si los chinos que a duras penas balbuceaban el castellano podían comprender el significado del llamado delito de violación simple. Como fuera, ella se vio obligada a recurrir a una gran cadena de pizzerías de la ciudad, para que se llegaran a traerle una simple pizza a la piedra diaria, que era todo su alimento. (La piel ya había dado cuenta de esta alimentación tan poco natural y tenía las mejillas ardidadas y brotadas de acné y algunas aftas en la boca. Llevaba menos de una semana comiendo pizza y fainá, cuando los periodistas, movidos por el aburrimiento o por ese bajo instinto de maldad que ellos llamaban hacer justicia, adviertieron al nuevo repartidor a quién estaba llevando el alimento. El repartidor se encogió de hombros, no era más que un empleado que había cometido también sus pecados a lo largo de su corta vida, y debía entregar la pizza o ¿quién respondía por ella ante el patrón? Nadie podía decir, pensó el empleado que su patrón no sea un delincuente de otra laya, muy distinta al difunto esposo de la señora, pero delincuente al fin: el queso no se tiraba a la basura ni siquiera cuando comenzaba a darse el primer grado de corrupción; las heladeras se apagaban durante la noche, lo cual cortaba la cadena de frío y lanzaba a la muzzarella y a la salsa de tomates a la pronta pudrición de sus esencias. Entonces los periodistas tomaron el toro por las astas y si el repartidor no aceptaba buenamente sus razones, amenazaron, ellos lo harían entrar en razón de una forma más violenta. O

salía de ahí más rápido que el rayo y la centella o le destrozaban el ciclomotor. Uno de los periodistas, el que hablaba de la necesidad de una moral, para que nosotros, Occidente, no perdiera los principios que lo regían desde el comienzo de los siglos (¿el crimen, la violencia?), ese periodista tan pagado de sí mismo que hasta tenía el tupé de alabar su propio don de gentes sin que nadie le preguntara a qué iba tanto halagarse, le tiró al repartidor de pizza dos billetes rojos, de veinte pesos, que superan con creces el precio del pedido. El repartidor se apuró a recoger la plata, caída entre la mata de hortensias, a las que sin ningún pudor apartó con un brazo como machete. Luego, se marchó y dejó a Yolanda Pratt sin la pizza.

Era de verdad un sitio.

De pronto Yolanda comprendió qué estaban haciendo los periodistas. Se le puso toda su situación muy clara. Era un ejército enemigo que estaba sitiándola; acababan de apretar el cerco impidiendo que le llegaran vituallas; en cualquier momento romperían a palazos los caños por donde pasaba el agua corriente y cortarían el cableado de luz y teléfono. Lo que querían, el propósito, era sacarla de ahí a la fuerza. Cuando la gente se reúne furiosa detrás de una idea que a juicio de ellos, sólo se resarce con sangre, son capaces de cualquier desmán, pensó Yolanda y recordó: ¿O no había salido la noticia en el telediario, de una pareja joven, un hombre, y una mujer que llevaba unos libros entre los brazos, que abatieron a un señor en la calle, justo a la entrada de la Iglesia Ortodoxa Rusa de la Santísima Trinidad? La policía los detuvo y ellos se entregaron sin oponer resistencia; cuando los interrogaron acerca de por qué mataron a ese hombre, solo alegaron que fue porque lo confundieron con otra persona, un criminal. Delito mata delito, era la premisa; sin embargo, el mundo no se divide entre víctimas y victimarios, sino... Era difícil en este instante pensar de qué tan perverso modo estaba hecho el mundo.

La obligarían a salir, a dejar la trinchera, la casa, y ella no sabía bien ya cuál era el verdadero objetivo: si entrevistarla o lincharla. Fuera cual fuera, la hacía temer por su vida. A ella, que se casó por amor con un hombre y ese hombre resultó ser, a espaldas de ella, la escoria de la tierra. Nadie la perdonaba que hubiera amado, como no se perdonaba a esas mujeres que durante la Segunda Guerra tuvieron relaciones con un soldado enemigo, un alemán en la mayoría de los casos, mujeres donde ni siquiera el amor como concepto estaba en juego, sino que a veces sólo tenían relaciones sexuales con ellos a cambio de pan, comida. En la mayoría de los casos no se trataba de traición al propio país, ni eran espías, ni sentían ningún entusiasmo por entrevistarse con esos hombres. Aquello que los hombres no soportaban, la angustia, la contradicción, siempre se la hacían pagar a los que tienen menor fuerza. Criamos a nuestras mujeres para que sean objetos de deseo, pero no vamos a permitir

que ellas tengan a amor a cualquiera. Así que iban y castigaban; las rapaban, las subían a un camión, les tiraban comida podrida. Que el escarnio sirva para ejemplo de las otras. No iban a perdonar que Yolanda Pratt hubiera amado a quien ellos consideraban una lacra de la sociedad.

Capítulo 7

Juan Jacobo tenía un buen sentido del ritmo. Por lo poco que ella llegó a enterarse de él, al parecer, en uno de los orfanatos que estuvo, uno que era regentado por jesuitas, le enseñaron un poco de violín criollo, algunos acordes. Él, como poseía un buen oído musical, tocaba de oído todo lo que no había aprendido de manera ortodoxa. Por eso la ayudó a ella a componer canciones cuando la llamaron para escribir un musical, una comedia musical, que ella tituló *Petit Café Concert*. Allí, el Lobo Feroz era el maestro de ceremonias de una serie de personajes infantiles que aparecían y cantaban o realizaban alguna performance. Había tomado la idea de los dibujos animados de Tex Avery, donde Caperucita Roja es una sensual cantante de cabaret y donde Cenicienta es también muy sexy. En *Petit Café* la sirenita se enorgullecía de sus piernas y las mostraba en pasos sensuales y arrastrados por el escenario; los tres chanchitos eran un trío de jazz, el lobo feroz, en esta ocasión y esta versión, de tanto soplar para derribarles la casita, enfermaba de los pulmones, etcétera. Había una muñeca parlante –era una invención de Juan Jacobo– que habla de un amor imposible y él le compuso el tema. En el estribillo, la muñequita de vestido rojo canta:

Dani, dame el dado

Dani di do du.

En algún momento, sin duda influenciada por la química del amor, a Yolanda ese tema le pareció una genialidad. Juan Jacobo mismo expresó su satisfacción por haberlo escrito y compuesto la melodía. Incluso se apresuró a registrarlo en SADAIC, el sindicato de músicos argentinos, para no correr el riesgo de que algún pelandrún se lo robara.

(Lo único que hoy quedaba de rastro del paso de Juan Jacobo por el mundo, además del dolor de media docenas de chicas, era esta canción. “*Dani, dame el dado*”, tema infantil. Autor: Juan Jacobo Expósito. Fecha: 20 de marzo de 2007.)

El sabía cuánto a ella le gustaban las palabras, las cartas de amor, los poemas. Más de una vez, le *sugirió* cuánto le gustaría recibir aunque fuera una esquelita de él. Juan Jacobo se limitaba a escribirle recados que firmaba con su nombre y con un corazón atravesado de flechitas, un poco como el Corazón de Jesús de la estampita –que al fin y al cabo formaba parte de su nombre propio–. Decía, por ejemplo: “Vuelvo tarde. No me esperes. Yaco”, y luego el dibujo del corazoncito. O: “Me levanté y dormías como un angelito. Salí a correr. Te quiero, Yaco.”

Días atrás, la policía metida en su casa buscó entre las pertenencias mas personales de Juan Jacobo alguna prueba incriminatoria. Halló un cofre con papeles, escritos a mano, bocetos de canciones en las que podría decirse que trabajaba –“*Lola mira la luna, la la la*”– y una carta copiada del filósofo

Carta de Heidegger a su esposa Elfride.

[1953]

Pese a las dificultades, te doy las gracias por tu carta y por las advertencias.

M.

Capítulo 8

Un poco más tarde y tal vez para desoír el ruido de sus tripas gimiendo de hambre, Yolanda fue hasta la computadora. La encendió y procedió luego a apretar una tras otra vez, sin pausa, el botón anterior, “Supr” y para evitar cambiar de idea o arrepentimientos ulteriores fue a la papelera de reciclaje en la pantalla, ese ícono en forma de balde, cliqueó en Vaciar la papelera de reciclaje y vio aparecer el cartel: “¿Está seguro que desea eliminar estos 122 elementos?” Ella cliqueó en “Sí”; así desapareció todo su disco rígido, todo el ícono Mis documentos, con todo el material que ella hubo escrito –cuentos, una obra de teatro con un pepino de protagonista, las insufribles adaptaciones del Pinocho de Collodi a un Pinocho menos moralista, que dejara al niño más a su aire- en los últimos ocho años. Vació también las bandejas de correo electrónico; la de entrada y la de elementos enviados. Quedaron las direcciones y el resto, todo en blanco. Lo borró todo, pero quedaba en la huella el disgusto y la desolación con una marca indeleble. Qué pena tan grande tirar toda una carrera por la borda; ¡y ella que era tan feliz en su oficio! ¡Y ella que tanto había luchado primero para editar, luego para ser reconocida, y por último vivir de modo más holgado gracias a sus ganancias en la materia! Pero si alguna conclusión hay que sacar era que, tal vez, el ser humano debe aceptar que la felicidad es un estado imperfecto. La perfección la viven las amebas.

En el pasado le costaba despertar temprano; en este sentido, Juan Jacobo era de gran ayuda. Por naturaleza, él tendía a dormir pocas horas: con seis horas estaba como nuevo. Ella, en cambio, necesitaba dormir ocho, nueve y hasta diez horas para sentirse repuesta. Si bien ella pensaba que estas necesidades eran orgánicas y obedecían al biorritmo singular de cada uno, que estaba tallado a fuego en el ADN, Juan Jacobo se lo negaba. Ella tenía tanta necesidad de sueño porque era depresiva; porque a su energía se la habían chupado los tarambanas anteriores: los Aldo, Baldomero, Carlitos, Dany, Fernandinho, Héctor, Osvaldo, Perico se bebieron su energía desde una pajita como quien se toma una piña colada un día soleado frente al mar. Ella se encogía de hombros, lo dejaba pasar: ella no podía tener con él una batalla por cualquier pavada y menos si en el fondo estaba movida por sus celos. (El era celoso; tratar de negarlo sería un signo de demencia.) Ya fuera porque él trabajaba en la tienda o después en el estudio de diseño, tenía que salir de casa a la mañana. Era un hombre joven y le gustaba el aspecto que tenía: recio, musculoso, un metro ochenta de alto y noventa y pico de kilos de peso. En el último par de años había echado un poco de panza y como no le gustara practicar deportes grupales como el fútbol o el básquet, salía a correr por el parque. Esto lo hacía bien temprano, apenas despuntaba el día. (Con los años de matrimonio él prefirió alternar los días; había mañanas en que salía a correr y había noches en que lo hacía.) Después volvía, se daba una ducha,

metía la ropa sucia dentro del tambor del lavarropas y lo encendía. Iba a la cocina, ponía el café a calentar, hacía tostadas, las untaba con manteca liviana y dulce ¡¡y le llevaba a Yolanda el desayuno a la cama!! Así era como ella despertó cada mañana de los cinco años que vivió con él. Este dato no es del todo exacto, porque en realidad, una vez que ella se recuperó de la malaria y a poco de casarse con él, Yolanda ponía todas las noches un despertador que ella creía muy simpático: se trataba de un gallo con copete rojo y plumas blancas, cuya alarma sonaba en forma de un kikirikí capaz de sacar a los osos de la hibernación. Como fuera, un día el despertador sonó por error cuando Juan Jacobo y ella todavía dormían. El se despertó tan sobresaltado, que movido por un arranque de locura, tomó el gallo y lo tiró por la ventana, seis pisos más abajo. Lo mismo hizo con un precioso reloj cucú que ella comprara en un viaje a Austria. Después le recriminó toda su estupidez a la hora de comprar despertadores y relojes y Yolanda empezó a llorar muy bajo, porque le tenía apego al cucú. Entonces él tomó la mano de ella con violencia y se la puso en el pecho; el corazón de Juan Jacobo latía desbocado y él pronunció: “Tus relojes me dieron arritmia; tus relojes me arruinaron el sistema cardíaco”. Posterior a eso fue lo de los desayunos. La vida conyugal no era un lecho de rosas y estas escenas, este malestar, era cosa de todos los días; una vida conyugal entre dos adultos normales nunca puede ser un lecho de rosas: cuando una persona es joven tiene la certidumbre de que puede unirse al otro enteramente, entregarse, conocerse por completo y hasta que esta ilusión se desvanece pueden pasar muchos años. Antes, tener una pareja así era una aspiración, ahora es una morbosidad desearlo, es un deseo macabro, desde el momento en que se sabe que ese tipo de uniones se llaman simbióticas y remedan –mal, por cierto- la clase de unión de la madre con el lactante. Después, cuando esta primera unión de los amantes–el primer amor, el primer noviazgo, el primer matrimonio- cae por su propio peso, los cónyuges –cada uno a solas y por su lado- meditan acerca de la imposibilidad de esta ficción. Para lo cual, los que tienen salud suficiente para hacerse cargo, llegan a la conclusión de que si el hombre es una sombra que pasa -palabras usadas para definirlo en el Libro de Job-, quiere decir que vive como sombra, entre tinieblas, y todas las personas que acuden a su encuentro no son ellas mismas sino sombras y nada más que sombras. La luz es la ficción. Por lo cual, un gesto de madurez, sería el hacer caer las altas exigencias sobre el otro, dejarlo librado a su voluntad de acercarse o rehuir, y sobre todo, aprender a disfrutar de los acercamientos y sufrir menos en las distancias. Un hombre, una mujer, una existencia, no es más que una sumatoria de pasos en un camino que sin saberlo ellos mismos van trazando. Las personas van unas con otras en movimientos pendulares, sin certezas sobre ninguna cosa; menos aun sobre quiénes son ellos mismos. Juan Jacobo le decía que amar es conocer al otro a la perfección: sus deseos, su cuerpo, sus inter-

eses, sus pensamientos, sus sueños. Ella no consideraba que el concepto de amor –en el caso que lo tuviera- que ostentaba Juan Jacobo, era la excusa de una mente que vive al otro como propiedad y disfraza este vínculo con las formas de la pasión. Recién ahora piensa en Juan Jacobo como en alguien que debía conquistar, someter a su designio, apropiarse de todo aquello que lo rodeaba; hasta hacía un mes atrás ella nada más creía que el interés de él por conocerla a fondo, hasta en sus pequeñeces, era hijo de un amor por ella que lo desbordaba; era un poco anormal, si se quiere, pero la hacía sentir halagada. (Fue la vanidad la que le ató una venda en los ojos.) Pero, le preguntaba a Juan Jacobo meneando la cabeza de un lado a otro, ¿qué es conocer a una persona? ¿Qué significa conocerla a fondo? Desde el verbo mismo, esta búsqueda es una falacia. (Nadie mejor que Yolanda Pratt, en la hora de su desgracia, para venir a afirmarlo.) El la contemplaba en silencio y decía con voz de juez: “No lo sabés porque nunca amaste con profundidad a una persona. Porque nunca amaste a otro como yo te amo. Ni siquiera a mí me amás como yo te amo. Por eso soy el que llevo las de perder en esta relación; dentro de vos está la semilla que un día crecerá y acabarás por abandonarme. Quiero conocerte porque te amo; amor es conocimiento”. Ella, emocionada, contestaba con lágrimas en los ojos: “Yo nunca voy a dejarte, Juan Jacobo. Mi amor por vos es incondicional”. “No te creo”, respondía él y con razón, “Si supieras quién soy, si me conocieras a fondo, no me amarías tanto como decís”. Ella sentía que él le rompía el corazón: “¡Pobrecito!”, pensaba Yolanda, “¡él había sido dejado en la puerta de una iglesia por una madre con entrañas de lobo! Como no podía explicarse el desamor de su madre, el torturado Juan Jacobo creía de sí mismo que era una especie de monstruo...” Ella lo amaría por siempre jamás, con perdices y sin perdices.

El nunca había sido un hombre apasionado, ni siquiera tenía necesidades apremiantes. No la buscaba con frases en groseras, no la requería en la noche como si en ello le fuera la vida. Al decir de Yolanda, él parecía no tener nunca necesidades sexuales propias, sino acceder al deseo de ella. Al principio, esto no la afectaba; en realidad, nunca temió que él no la deseara. Si alguna vez cruzó por su mente la idea de que a lo mejor él se solazaba con otras mujeres, visitaba a otras o tenía una amante, fue una idea fugaz como una saeta. Hacían el amor una vez cada tres semanas, más o menos; en una sesión de sexo de término medio, sin detenerse demasiado a explorarse. Cumplían con el rito: ella debajo, él encima; más o menos por la mitad, cambiaban de sitio, ella encima, él debajo. Lo cabalgaba así, hasta que a ella le venía un ramalazo de la angustia de él, que la atravesaba como un puñal: él hacía el amor con ella sin ganas, no más por tener la fiesta en paz que por verdadero deseo. El nunca hablaba de su deseo, ni siquiera en los momentos más íntimos, no hacía referencia a

sus preferencias, sus fantasías. A veces, el amor ocurría con mayor frecuencia, pero siempre sabía desenvolverse de la misma manera. Ella estaba dormida, boca abajo, entonces él se le subía encima, la aplastaba con todo su peso, impidiéndole volverse a mirarlo y mucho menos menear la pelvis en el ritmo que ella más quisiera. Así, la penetraba por atrás, en general por la vagina, porque ella estaba tan relajada en su sueño que él podía acomodarla sin que ella pusiera resistencia o bien porque antes de que él se la metiera ella lograba moverse para que le entrara en el orificio que más placer le proporcionaba. Cuando ella no quería o bien cuando se resistía o se movía mal, él solo obtenía placer por penetrarla en lo que ella llamaba ‘su rincón secreto’. Si ella le decía que se detenga porque le dolía, él la apretaba con más fuerza y se lo hacía más rápido; si se quejaba era para peor. Era frío durante esas noches, o mejor dicho, no manifestaba mayor calidez que la de un jinete que debe domesticar su potrillo, su animal. Si alguien puede salir herido durante la doma, será el animal y no el jinete; así está dispuesto desde tiempos inmemoriales; así era como él agotaba su deseo en ella. Igual, por alguna razón demencial de esas que aparecen veladas en la vida diaria, ella no consideraba una violencia los sucesos de esas noches. Aunque él era reacio a hablar al día siguiente de lo sucedido durante la noche, cuando ella lo presionaba para que lo hiciera, él, Juan Jacobo denominaba a esas noches “arranques de pasión”, “noches de romanticismo”. Para Yolanda el romanticismo era una cosa muy diferente; lo había estudiado bien en la universidad y le remitía al joven Werther, a jóvenes tísicos, a Frederic Chopin con el Preludio La Gota de Agua, a E.T.A. Hoffman, hasta Gustavo Adolfo Bécquer y las golondrinas colgadas de su balcón y aquello de qué solos se quedan los muertos. Definitivamente, lo que Juan Jacobo Corazón de Jesús Expósito llamaba romanticismo, nada tiene que ver con el movimiento estético romántico. ¿Iba ella a ponerse a corregir sus conocimientos de historia de la literatura? Pero ¿qué era más importante en el matrimonio? ¿El acuerdo acerca de las noches, lo posible y lo no posible, esas minucias, o el llamado amor incondicional, que nunca se rinde y todo lo sufre en pos de la paz?

Una vez encontró una revista pornográfica escondida debajo del colchón, bajo el doblez de la sábana. Estaba abierta en una página donde una mujer de piel tostada posaba con las piernas abiertas y dos dedos, el mayor y el índice, metidos adentro de la vagina. Al parecer, esto le daba tanto placer a la mujer de la fotografía, que inclinaba su cabeza hacia atrás a un punto tal que no podían vérselo los ojos, solo la boca abierta en una o perfecta. El resto de la revista tenía esa clase de fotografías impersonales, un muestrario de culos y tetas completamente inidentificables y olvidables. Por lo cual y muy erróneamente, Yolanda Pratt llegó a la conclusión de que a lo mejor le faltaba pimienta a la vida erótica de ambos, a la de él, sobre todo. Porque aunque ella no era feliz en el rango del

sexo, había ganado en paz y armonía, vale decir, tenía por fin una familia, con todo el dolor que implica poder enunciar semejante frase. A lo mejor él deseaba una vida más turbulenta, con nuevas experiencias y nuevas sensaciones en el sexo, y no esto que últimamente se parecía a asaltar la heladera a medianoche, a ver si hay carnes frías que se puedan embuchar con rapidez para apagar el fuego y el malestar de la ansiedad. Yolanda Pratt, con sus cuarenta y cinco años recién cumplidos, autora de un par de libros para niños de éxito, se dio una vuelta por el sex-shop para comprar cuanta lencería sofisticada fuera capaz de calentar la imaginación y el cuerpo –y dejó para una segunda recorrida vibradores y hasta una muñeca inflable. A ella no le parecía mal que Juan Jacobo hiciera uso de una muñeca inflable –que hasta podrían adoptar como a un nuevo ser de la familia-, siempre y cuando la muñeca garantizara que le daría el alivio sexual necesario a él y le dejaría todo el cargamento de amor sólo para ella. Cuando Juan Jacobo la vio vestida con semejantes prendas de puta –así las calificó nomás verlas-, la miró con desprecio y se fue a dormir al sillón del comedor. Hasta que no vio a ella meter toda esa ropa en una bolsa de nylon de la basura, no regresó al dormitorio conyugal. El no buscaba una montaña rusa de goces corporales; él tenía entre los genitales y el alma el recorrido completo de un tren fantasma.

Capítulo 9

El teléfono sonó; era la señora viuda de Milevos, una alumna de su taller literario, el que ella brindaba los días viernes a última hora de la tarde en una librería. Se trataba de una mujer bondadosa de setenta y pico de años o tal vez sean ochenta, llena de achaques de salud. A esta altura de su vida, la señora Milevos decidió que quería expresar alguna de sus vivencias en forma literaria y por eso concurrió al taller de los viernes. Le costaba seguir a Yolanda, que hablaba muy rápido cuando estaba nerviosa y que era tajante en sus opiniones cuando estaba cansada. Esa manera de impartir el saber era poco sistemática, poco dichosa. Pero ellos, sus alumnos y oyentes, se sienten emocionados. Discuten mil paparruchas, qué era importante decir y qué no en la escritura de un cuento, en una novela, en un poema. Hay un tallerista al que Yolanda llamaba Ricardo, porque nunca recordaba su nombre verdadero y siempre se le confundía, y el tal Ricardo y los otros participantes del taller la elogiaban por su confusión entre risas y benevolencia. (Ya ninguno de ellos volvería no sólo a participar de un taller que ella organice, sino que ni siquiera le devolverían el saludo en la calle; nadie se llevaría a partir de ahora dos dedos al ala del sombrero, a la hora de verla pasar: la mayoría cruzaría de vereda y haría como que nunca la hubiera conocido.) Muchos de ellos no concurrían al taller porque tuvieran algo que decir, sino para conocer gente interesante, para desplegar cientos de opiniones sobre lecturas emocionantes, sobre libros que leían y no tenían con quién comentar, los clásicos de la literatura, por ejemplo. La lectura de “Ana Karenina” o de “La Cartuja de Parma” podría ser muy edificante, ¿pero quién hoy lee un libro o el otro? La gente, el público lector, se deja llevar por el catálogo de novedades o por los consejos de un buen vendedor que habla con entusiasmo del último libro de tal o cual personajón de la cultura. Los vendedores son de temer, piensa Yolanda y siempre advierte a sus alumnos sobre ellos, como si estuviera protegiéndolos de un embaucador que pretende venderles una bula Papal para conseguir un pedazo de cielo. Porque vendedores de libro los hay de todas las clases y colores y están aquellos que como han egresado de la universidad o están cursando los últimos años de letras, creen a ciencia cierta que lo que se lee en la facultad es la verdad revelada y no se trata más que de un puñado de escritores que por una razón u otra –nunca por azar- son manipulados por los docentes y demás víboras para ser considerados la gloria de la literatura argentina. Los mismos vendedores en calidad de alumnos, bostezan o se crispan leyendo los relatos de uno u otro escritor elevado a la enésima potencia de la sabiduría, pero con el cambio de rol –de alumno a profesor, de alumno a vendedor- creen a pie juntillas en esos títulos que leyeron –casi siguiendo el viejo refrán de “la letra con sangre entra”- y se los encajan al

crédulo comprador, a quien muchas veces más le hubiera valido comprar un ejemplar de la revista Atalaya que editan los Testigos de Jehová.

-Señora Milevos ... -dijo Yolanda muy lento y se quedó a esperar un insulto.

-Yolandita, querida –suspiró la señora. –No he podido leer nada de lo que nos diste la última clase. Yo hubiera querido meterme a fondo con los cuentos de Chéjov, del ruso. Pero fue justo que me pesqué un resfrío tremendo, por estos cambios de tiempo, y no se me curó. Así que no fui la clase de Chéjov tampoco, y encima tanto tiempo pasé resfriada que se me complicó y me vino una conjuntivitis. No podía ni mirar una página, menos leer, querida Yolandita...

-Cuánto lo siento, señora Milevos.

-No es nada, ya estoy curada. Fue asunto de aplicarme a horario unas gotitas que ardían más que fuego del infierno, pero muy eficaces.

-Me alegro.

-Así que me tomé el atrevimiento de llamarte a tu casa. Porque llamo a la librería y nadie me quiere explicar qué tarea dejaste para hacer. Según el programa, ya tendrían que haber leído a Katherine Mansfield. ¿Se dice así, Mansfield?

-Sí.

-Tiene algo que ver con Jayne Mansfield, la actriz?

-No. No creo.

-¿Sabe quién le digo? La inglesa, que imitaba a Marilyn Monroe. Usted es muy joven, no debe saber de quién le hablo.

-Mansfield debe ser un apellido bastante común entre los anglosajones.

-Ah, ¿sí? Tampoco recuerdo bien si era inglesa.

-No tuvo hijos Katherine Mansfield.

-Oh, pobre. Por qué?

-No sé. Le cuento cómo sigue el taller, señora Milevos?

-Ahora tendríamos que leer a Ernest Hemingway. ¿Diste ya los cuentos de Ernest Hemingway, Yolandita? Me dices adónde puedo conseguir el volumen de cuentos? Lo venden ahí mismo en la librería?

Yolanda se largó a llorar.

-No mira la televisión usted, señora Milevos?

-No. Con este asunto de la conjuntivitis quedé muy fuera de circuito. ¿Qué pasa?

-No habrá más clases en la librería.

-Por qué?

-No me pregunte más. Solamente le puedo decir que no habrá más clases.

-Qué pasó?

-...

-Yo siempre le vi a esos librereros un aire de estafadores. No te lo quise decir nunca, porque no hay confianza. Pero se les notaba que no eran gente de ley, de palabra. Si te estafaron, está muy bien que ya no des las clases. Pero la verdad es que es una lástima, porque conformábamos un grupo tan lindo. Yo incluso me había hecho medio amiga de la chica inglesa, la que estaba en Buenos Aires por el intercambio... una chica modosita, tan flacuchita, muy tierna. Qué lástima, Yolandita. ¿Has pensado dar clases en otro sitio?...

Yolanda cortó la comunicación y se echó a llorar con todas sus fuerzas y dando gritos de dolor que más parecían los graznidos de los gansos salvajes en celo.

Capítulo 10

El Inspector dio a Yolanda Pratt el informe de las tres últimas fechas de los delitos. Doce de marzo de dos mil siete, diez de junio de dos mil siete. Luego hubo un breve impasse y hasta el tres de septiembre Juan Jacobo Expósito no volvió a atacar. Estos tres ataques se basaban en tres denuncias que hicieron las mujeres, explicó el Inspector, porque se estima que un cuarenta por ciento de las mujeres violadas o abusadas no denuncian a los victimarios. Para ese entonces la policía ya estaba sobre sus pasos. Tenían una pista; una denunciante lo describió en el modo de correr, cuando se iba, una leve renguera en el tobillo izquierdo (decía Juan Jacobo que el cura que lo crió, al apreciar ese leve renguera le diagnosticó que lo habrían sacado del vientre de su madre con pinzas; tiraron de ahí y lo mancaron.) Al parecer lo detuvo el frío (este año que pasó el frío arreció como nunca lo había hecho en la ciudad), porque buscaba mujeres jóvenes –aunque había una que pasó los treinta- y que estaban trotando por los parques o haciendo ejercicios, y durante el invierno casi no había personas en los parques. Pero en la primavera, cuando a todas las personas y especialmente a las mujeres les daba por ponerse en forma, a él le vino la fiebre, un hambre de querer marcarlas, poseerlas a todas. Caía la noche y él les caía encima como una bestia. Elegía mujeres con el cabello atado con una cola de caballo, las agarraba del cabello y les ponía en el cuello la cuchilla de una navaja suiza. No era una cuchilla muy intimidante; es más, entre el susto y la postura, muchas ni siquiera veían la cuchilla, y él se las hacía sentir, le punzaba apenas el cuello para que ellas supieran que estaban en peligro. La cuchilla era breve, pero podía mandarte tranquilamente al otro mundo; el tamaño de su pene a lo mejor no era importante, pero no te iba hacer la menor gracia tenerlo entre las piernas. Así trabadas las llevaba hasta lo más espeso del matorral, adonde si uno se concentraba en los ruidos del mundo exterior, sólo se oía el chirriar de los neumáticos de los coches, más allá el sumido oleaje del Río de la Plata y el cri cri de los grillos. A veces les susurraba: “Quedáte calmadita y tengamos una noche romántica”. Las aferraba con el brazo derecho, haciéndoles un gancho en el cuello y con la izquierda les amenazaba con la navaja en la cintura y las obligaba a quitarse el pantalón de ejercicios o la calza ciclista y la bombacha. No pedía nada más; después las tendía en el suelo y se les montaba encima; si estaba de ánimo generoso, les permitía cerrar los ojos; sino, las obligaba a abrirlos y mirarlo. Eso solo, no duraba mucho el asunto, él se levantaba, se subía el buzo de gimnasia y salía corriendo. La figura del violador cruzando el horizonte nocturno era la última visión de él que tenían las atacadas, tiradas de bruces entre los yuyales. Las mujeres coincidieron ante el Inspector que investigaba el caso que el tipo era un cínico, pero él conocía demasiado el paño de los monstruos para saber que se trataba de un pobre diablo, una pura escoria. Las atacadas se reprochaban a

sí mismas que a lo mejor fueron ellas las culpables, ellas lo provocaron de alguna manera: una mirada, el perfume, la ropa ajustada en las nalgas, el vaivén de los senos. El Inspector trataba de consolarlas: nadie es culpable de que le caiga a uno un rayo en la cabeza, de que lo arrase un tornado. A un violador no le interesan ni las tetas ni los culos, ni las exhibiciones de pierna o de muslo; le interesa únicamente satisfacer su *furor*, que no guarda relación alguna con el sexo o el deseo. El perfil elaborado sobre el violador hacía referencia a las señas personales, estatura, peso, esas cosas y al *modus operandi*, que incluía el ataque en parques a deportistas novatas o inseguras –algunas con exceso de peso–, el uso de la navaja suiza. Se trataba de un individuo fuerte, difícil de burlar y que no temía accionar con violencia para inmovilizar a la víctima. A un par le había pegado cachetadas brutales, más como reprimenda paterna que llevado por la furia. Una que se desmayó, le facilitó la tarea. El se ocupó de desvestirla y cuando la tuvo debajo, trincada –como decían en la jerga– le dio unos soplamocos chiquitos para despertarla y que no se perdiera el espectáculo. Nada parecía perturbarlo de su tarea cuando estaba ya en escena, actuando: ni las lágrimas, los pequeños ataques, rasguños, pellizcos, ni mucho menos las súplicas. “Dios sufría y no se quejaba”, le dijo a una, “y vos sufrís cuando tanto me esfuerzo para tu placer”. El tipo no se merecía seguir con vida en esta tierra. Todas las víctimas coincidieron en que olía bien: desodorante, buen aliento, rico perfume. Puestas a afinar sus recuerdos sobre el perfume, llegaron a la conclusión gracias los expertos de criminología de que se trataba de una fragancia francesa, probablemente *Allure pour homme*, de Chanel. No era un dato exacto, pero era algo; hicieron una redada por todas las perfumerías que comercializaban esta fragancia, preguntando si habría ido un tipo con tales características a comprar el perfume o si podían facilitarle datos sobre los compradores. Los únicos datos que tenían las vendedoras eran de las compras con tarjeta de crédito. La policía chequeó los datos de quince compradoras –mujeres ancianas para sus esposos ancianos, una universitaria para su novio (al que entrevistaron) y otras más. Ninguna daba con el perfil del atacante. En el Shopping del Alto Palermo, había una tarjeta Visa a nombre de Yolanda Martha Pratt, de cuarenta y seis años, que acababa de comprar un *Allure pour homme*. El Inspector mandó a uno de sus subordinados para entrevistarla, pero resultó que en esos días hubo festejos por el Día de la Primavera. Los estudiantes que hicieron picnics estaban advertidos respecto de que podía aparecer un merodeador por las inmediaciones y que no temieran en denunciarlo de inmediato. El veintidós, al día siguiente, un estudiante y su novia paseaban por el parque; el chico tuvo ganas de orinar y se alejó en busca de un árbol, y dejó a la chica sola. El violador apareció de la nada –así relató ella– y la arrastró del pelo hacia un matorral, amenazándola con un arma blanca. No eran aun las ocho y media de la noche; la oscuridad era casi

completa. El tipo tropezó con una piedrecita y aflojó el abrazo, y el muchacho empezó a llamar a su novia a gritos. Arriesgándose a que él la agujereara con la navaja, ella contestó los llamados. El violador se dio a la fuga y el chico fue a socorrer a su novia; alertaron a la policía en ese mismo instante, desde el teléfono móvil del chico. La policía identificó al hombre siete cuadras más abajo y cuando lo quiso detener e interrogar, él se dio a la huida.

Lo que siguió, la policía lo reconstruyó del relato de la esposa del violador, Yolanda Pratt. El sujeto regresó de su paseo habitual por el parque adonde acudía a hacer ejercicio. Ella le preguntó qué le pasaba al verlo sudoroso y de mal humor y él dijo que estaba atacado por su vieja arritmia, una dolencia de la que culpaba a su mujer. Consideró que el marido estaba con un raptó de mal humor pasajero y no le preguntó más. La tal Yolanda estaba haciendo pollo frito con papas y le indicó al esposo que se diera una ducha que enseguida cenaban. Acto seguido se concentró en la cocción del pollo. Oyó al marido abrir la canilla de la ducha, oyó el agua correr. Después, le pareció que él salía del baño y se dirigía al closet de la casa, pegado junto al baño. Ella le dijo:

-¿Qué buscás? No estés dando vueltas todo mojado que se arruinan los pisos.

La señora Yolanda Pratt explicó que era un parquet nuevo, de pino.

Momentos después oyó una detonación proveniente del closet.

Tardó mucho tiempo —o lo que a ella le pareció mucho tiempo— en relacionar la sangre que salía por debajo de la puerta del closet, con el suicidio de su marido.

El pollo frito se quemó por completo; se carbonizó.

Capítulo 11

Es verdad que ella estaba a disposición del juez.

Pero no era sospechosa oficial de complicidad ni mucho menos.

Yolanda Pratt cargaba su propia cruz; no podía ser culpada del delito de violación agravada ni nada por el estilo. Si desaparecía del país, podrían considerarla una prófuga de la justicia, pero no mucho más que eso. Ella en realidad no le hizo mal a nadie, pensó mientras metía dentro de una valija desordenada algunas de sus pocas pertenencias. Todo lo contrario, ella había recibido un mal tan grande como cualquiera de las chicas que había sido violada. Había un centro de ayuda a las mujeres víctimas de violación o delitos sexuales, y ahí recibían apoyo psicológico. A Yolanda no le darían nada; insultos, le tirarían basura podrida, la señalarían con el dedo. Sin embargo también había sido dañada, solo que no en lo físico, sino en la mente. Las heridas de la mente no son visibles a simple vista, así que ella no tenía siquiera el derecho a protestar, a reclamar atención. La única ayuda que podrían darle sería a través de vías privadas: una terapia pagada de su bolsillo, un salvoconducto para salir del país. No obstante, ella tenía el pasaporte en regla, ella podía ir y venir a su antojo; ella tenía un poco de plata en la casa, la suficiente. Nada más tendría que juntar coraje para cruzar el umbral de su propia casa, atravesar el ejército mercenario de periodistas hasta parar un taxi, salir al aeropuerto, sacar un pasaje a Nueva Delhi y esperar hasta la llegada del bendito avión que la traslade a un lugar de paz. La vez anterior que su vida se deshizo, ella estaba en Pondicherry. Para mal o para bien ella comenzó a hacer una vida nueva, a atar los nudos de su existencia, en Pondicherry. Había personas a las que en su destino está el volver a empezar una y otra vez. Entre esas personas estaba ella. Cerró la valija; llevaba pocas cosas. Puso el pasaporte y el dinero apretado en su corpiño. Abrió la puerta; los periodistas fuera ladraron, se le vinieron como una jauría. Ella se persignó, dio un paso adelante, y se dispuso a atravesar el que había sido un bello jardín, de su propiedad.

